

dental, no tendrían razón de ser, ni precedente, los mencionados últimos versos de Gómez Correa: «Cacrán derribados los perseguidores...» etc. Del mismo modo, su alusión a las leyes físicas y ópticas, tiene su origen en Lautremont. Trae el libro poemas de gran categoría como: «Yo entro en Gavilán...» etc.; «Los misterios nocturnos», «El prestigio del cuerpo humano», «El círculo de Apolonio», «Las Metamorfosis», «Ondina habla de las ondinas», y «El cuerpo que irradia... etc.». Sin género de dudas, Chile mantiene el cetro con la más alta poesía de América en la hora de hoy, y Gómez Correa no tiene en otros pueblos un competidor surrealista de su señalada categoría.

Buenos Aires.—A. de U.



EL MARISCAL FOCH Y LA FRONTERA DEL RHIN, por J. C. J.

Hace poco leímos «Foch», grueso volumen biográfico realizado por el General Weygand, estratega famoso y miembro de la Academia francesa, puesto que es también, un ilustre escritor. Son conocidas sus obras: «Turenne», «Histoire de l'armée française» y «Le 11 novembre».

Esta obra es el mejor estudio biográfico del genial vencedor de la guerra mundial de 1914-1918 y lo ha hecho con el afecto y veneración del colaborador constante e inteligente que fuera Weygand, quien estima que el honor y felicidad de su vida son haber servido bajo un hombre como Foch. Su temor al realizar la biografía que comentamos es el de ser inferior a su tema, pero una vez que terminamos de leerla comprendemos que ese temor es infundado, pues en ella ha sabido presentarnos a Ferdinand Foch tal cual era: un soldado en quien la inteligencia y el saber se unían a la intrepidez moral y a una potencia sin igual de carácter. De ahí que fuera un soldado firme e inquebrantable que se impuso a todos los obstáculos y condujo a la victoria a los ejércitos aliados.

Weygand ha conocido a Foch mejor que nadie, por cuanto fué llamado a su lado en agosto de 1914, en calidad de Jefe de

Estado Mayor, y no lo abandonó hasta abril de 1923. Lo sirvió durante toda la guerra y mientras se construía laboriosamente la paz.

Foch fué un gran soldado y un ejemplar ciudadano. Pocos conductores han calado más profundamente en el conocimiento del corazón humano; supo afrontar los reveses y lograr las victorias decisivas, pero además, puso lo mejor de su acción y prestigio en encontrar y asegurar la paz y la seguridad de Francia, finalidad en la que fué vencido por los intereses políticos y las rivalidades nacionales. Sin embargo, a pesar de su derrota en este campo, sus ideas sobrevivieron y, después del desastre de 1940, nuevamente están a la orden del día: lograr que el Rhin sea defensa del mundo occidental. Foch nació en los Pirineos (Valentine: Haute Garonne). Pasó por la Escuela Politécnica y por la Escuela Superior de Guerra. Luego, integró el Estado Mayor del Ejército y fué profesor de Historia militar y Táctica general en la Escuela de Guerra. Sus lecciones constituyeron dos libros: «Príncipes de la Guerra» y «La conduite de la guerre».

Al estallar la guerra de 1914 se distinguió con el XX Cuerpo en la batalla de Morhange (batalla de la frontera de Lorena) y poco después como jefe del IX Ejército en la batalla del Marne. Apenas había terminado la batalla supo la muerte de su hijo, y la de uno de sus yernos, caídos en Longwy, el 22 de agosto de 1914. Fué designado Adjunto al Comandante en Jefe para coordinar la acción de los Ejércitos del Norte y como tal ganó la famosa «melée des Flandes», o sea, la batalla del Iser, 18 al 31 de octubre, y la batalla de Ypres, del 21 de octubre al 12 de noviembre de 1914. Con esta victoria, Foch salvó las ricas regiones del norte de Francia; los puertos del Canal que comunicaban con Inglaterra; a esta nación de una amenaza grave, y permitió a los belgas que se mantuvieran dueños de una porción de su patria; asimismo, al ocupar a inmensas fuerzas alemanas, permitió descongestionar el frente ruso, cancelando la similar actitud de los ejércitos moscovitas en los comienzos de la conflagración, lo que influyó en la victoria del Marne.

En 1915 y 1916, Foch ejerció el comando del grupo de Ejércitos del Norte, donde le correspondió dirigir las ofensivas de Artois, para ayudar una vez más al frente ruso, y del Somme, para aliviar el frente de Verdun. En 1917 cayó en desgracia, junto con su jefe el General Joffre. Este fué elevado a la dignidad de Mariscal, sucediéndole en la jefatura de las tropas el general Nivelle. Foch fué destinado a estudiar el plan H, relacionado con la eventual violación del territorio suizo, suposición que Foch rechazó considerando, en cambio, la posibilidad de un ataque en Italia, tal como se produciría más tarde, en 1917, (desastre de Caporetto).

El general Nivelle fracasó en forma cruel. El 11 de mayo de 1917, Foch fué nombrado Jefe del Estado Mayor General y a fines de ese año, en octubre, roto el frente italiano, debió trasladarse allá para ayudar a conjurar el desastre. El año de 1917 fué calamitoso para los Aliados, debido, principalmente, al cambio del Alto Comando en los momentos que tenía preparada una colosal ofensiva, aprovechando la delicada situación de las fuerzas alemanas: impotentes ante Verdun y rechazadas en el Somme, lo que la redujo a una gran debilidad como lo demuestra su repliegue estratégico y el intento de negociar una paz blanca. Según Foch, ese año pudo ser decisivo en favor de los aliados si se deja que Joffre llevara a cabo su gran plan de operaciones. En cambio, con Nivelle se provocó una grave derrota y una crisis sumamente peligrosa en el Ejército, lo que Alemania aprovechó magníficamente, logrando algunas victorias resonantes.

El año de 1918 se inició amenazador. Alemania estaba libre de preocupaciones en el Este, por el derrumbe de Rusia, y a pesar de la declaración de guerra de los Estados Unidos no era una amenaza efectiva aún, pues su ejército no estaba preparado. Foch advirtió el peligro de la situación y expuso sus ideas para conjurarlo: unidad de acción, nuevas tácticas de lucha y nuevas armas; sobre todo lucha por lograr la unidad de comando, pues de lo contrario estima que no se puede resistir a los poderosos ejércitos alemanes dirigidos por Ludendorff. La ofensiva des

Alemania, desatada el 21 de marzo de 1918, le da la razón. Ante la crítica situación que provoca, en la reunión de Doullens, el 26 de marzo, se asegura la unidad de comando, designándose a Foch para coordinar la acción de los ejércitos aliados del frente occidental; el 15 de abril fué nombrado General en Jefe de los Ejércitos Aliados en Francia y en mayo se le extienden sus poderes a Italia. Después de una enconada batalla, Foch logró hacer triunfar su teoría del Comando único y se impuso él, porque era el Jefe por excelencia, por su espíritu combativo, su tenacidad, su clarividencia y su voluntad inquebrantable de vencer. Sus disposiciones rápidas permitieron resistir victoriosamente la formidable embestida de Ludendorff, contenerla y, luego, desencadenar el contra-ataque general que aplastaría a los ejércitos alemanes.

En la batalla de Francia, Foch mostró su capacidad superior y su habilidad para despertar el espíritu de lucha de los ejércitos francés e inglés, a la vez que desarrolló su genial visión militar al resistir el empuje alemán y darse tiempo para preparar las unidades que llevarán a acabo la contraofensiva que le permitirá conquistar la victoria desde julio-agosto de 1918.

A través de su comando, Foch demostró que no era un intuitivo, como algunos lo han motejado, sino que un racional de alto vuelo y un trabajador metódico e infatigable. Su conducción victoriosa de la guerra fué la culminación de 35 años de estudios obstinados y de labores inmensas.

El 7 de agosto de 1918 se le confirió el bastón de Mariscal y el 8 de agosto, al desatarse una poderosa contraofensiva en el sector inglés, se logran las primeras victorias decisivas. Ludendorff escribirá más tarde: «El 8 de agosto fué un día de duelo para el ejército alemán», como, igualmente, lo fué el 20 de agosto al desatarse la contraofensiva en el sector francés. En esta fase de la batalla de Francia, Foch no se obstinó nunca en una sola dirección; amplía siempre la batalla por sucesivas acciones de ala, pues no busca la ruptura de una parte del frente sino que la batalla general y así condujo las operaciones hasta el 11 de noviembre en que los alemanes firmaron el armisticio que habían

solicitado desde el 4 de octubre. Foch fué el jefe en grado supremo y supo obtener una disciplina activa y viril, base fundamental de su éxito.

Los expertos alemanes han expresado que en 1918 no fueron batidos, pero lo cierto es que cuando «se sintieron incapaces de detener la ola victoriosa de los aliados, los jefes de Alemania quisieron evitar que los ejércitos enemigos entraran combatiendo en el territorio del Reich. Temían ver las regiones alemanas invadidas, sufrir la suerte que ellos habían impuesto implacablemente a los países ocupados y sobre todo se reservaban, disfrazándole la visión directa del desastre, la posibilidad de actuar sobre la credulidad disciplinada de su pueblo y de construir el mito de la Alemania no vencida».

Joffre y Foch fueron los grandes jefes militares de la primera guerra mundial. Foch reconoció siempre que Joffre fué el vencedor del Marne, Iser e Ypres, en 1914, victorias con las cuales rompió el plan inicial de Alemania, y que nadie hubiera sido capaz de lo que él había realizado. Sus fuertes espaldas habían soportado entonces el destino de Francia. En cuanto a sus enemigos, Foch estima que una de las razones fundamentales por las cuales se hundió Ludendorff fué su desenfrenado totalitarismo, que lo llevó a mezclarse en los asuntos políticos y, en general, en todas las actividades de Alemania. En cambio, en el lado de los aliados, los jefes políticos gobernaban y los jefes militares sólo comandaban. Es cierto que al comienzo la falta de un comando único puso a los aliados a dos dedos del desastre, pero Foch se levantó contra esa falla y la conjuró.

En Foch sobresalen dos sentimientos, que son los elementos esenciales de su temperamento guerrero y que marcaron los actos de sus comandos: la voluntad ofensiva y el sentido de la solidaridad, aplicado con estricta objetividad e imparcialidad. Para Francia la victoria de Foch en 1918 le significó ganar un triunfo fundamentalmente francés por el espíritu y grandeza de sus sacrificios y no una victoria anglo-sajona como lo habría sido en 1919.

Si genial fué la actuación de Foch en la victoria militar,

su actuación por asegurar la paz es, tal vez, de mayor trascendencia para los destinos del mundo.

En las largas negociaciones del armisticio, los alemanes maniobraron con habilidad al solicitar a Wilson el fin de la guerra, de tal suerte que Estados Unidos se colocara como árbitro en vez de beligerante aliado. Cuando se le pidió a Foch que expresara si aceptaba el armisticio, exclamó: «Yo no hago la guerra por hacerla, sino para obtener resultados. Si los alemanes firman un armisticio en condiciones estimadas necesarias para garantizar esos resultados yo estoy satisfecho. Nadie tiene el derecho de prolongar por más tiempo la efusión de sangre».

En la discusión del Tratado de Paz, Foch, como Generalísimo de los Ejércitos Aliados, intervino extensamente en dos asuntos: Estatuto Militar de Alemania y frontera del Rhin.

En lo que respecta al Estatuto Militar, aunque severo en apariencia, en el fondo no fué otra cosa para Alemania que la base excelente para la formación de cuadros altamente entrenados. Y en cuanto a la entrega del material de guerra no hizo más que desembarazarse de todo su material ya anticuado.

En cuanto a su lucha por la frontera del Rhin, Foch manifestó en parte su pensamiento en una nota del 28 de noviembre de 1918, al indicar las condiciones para lograr la ejecución completa de las condiciones del Tratado. Lo desarrolla ampliamente en dos Notas oficiales: 1.º A los Plenipotenciarios de las Potencias aliadas, el 10 de enero de 1919, en su calidad de Mariscal Comandante en Jefe de los Ejércitos Aliados. En esa nota, Foch coloca el problema de la frontera occidental de Alemania, desde el punto de vista de la seguridad de las potencias aliadas. No examina ahí la cuestión de las fronteras de Francia o de Bélgica, sino que la garantía europea, colectiva, internacional, necesaria al conjunto de las naciones aliadas. Según esa nota, Foch deseaba que el Rhin fuera la frontera occidental de los pueblos alemanes, privados de toda entrada y bases en la orilla izquierda, pues de otra manera tendría siempre todas las facilidades para invadir sin dificultades Francia y Bélgica, ganar las

costas del mar del Norte y amenazar a Inglaterra. Descaba que en esa zona se constituyeran estados autónomos administrándose ellos mismos. Jamás pidió la anexión de tales territorios. Reclamó el Rin como frontera del Reich alemán, no como frontera de Francia. Para afirmar su tesis recuerda como desde los Tratados de 1815, que habían dado a Prusia el país de la orilla izquierda del Rin, ésta no había cesado de perfeccionar las organizaciones para hacerla la base de partida contra Francia, lo que había sucedido en 1870 y en 1914. Por eso Foch estimaba fundamental para la paz de Europa la neutralización de los territorios renanos y la guardia cuidadosa de los pasos del Rin. Y proclamaba solemnemente que la seguridad y la paz estaban contenidas en las medidas que propiciaba. Este ideal de paz no sería realizable más que al abrigo de las medidas de seguridad expuestas, de lo contrario «la civilización será puesta en peligro por una nueva agresión germánica, que esta vez no podrá ser detenida a tiempo». (Impresionante vaticinio de lo que Hitler llevará a cabo en mayo de 1940). 2.º Nota del 31 de marzo de 1919, en la que recuerda la necesidad para las potencias occidentales de tener como frontera militar una barrera natural que detenga «La invasión germánica de 70 millones de individuos más o menos, que puede, además, ser aumentada por una masa eslava de una cifra más elevada» y la insuficiencia de cualquier otra medida por ineficaz o por el tiempo que demoraría en actuar.

Esta medida demorosa en actuar a que alude Foch es la promesa de una alianza hecha por Estados Unidos e Inglaterra, por cuanto estimaba que una alianza americana, por muy leal que fuera, sólo aportaba una ayuda tardía. En cambio la neutralización de las provincias renanas, el control de los pasos del Rin, consolidadas por una fuerte alianza, eran una garantía efectiva, segura y factible. La no adopción de estas medidas significaría: «nuevamente la Bélgica y el norte de Francia transformados en campos de batalla, en campo de derrota, es el enemigo alcanzando pronto las costas de Ostende y de Calais, los mismos países arrasados una vez más. Si en 1914, nosotros pudimos re-

sistir el tiempo necesario para que Inglaterra pudiera preparar sus grandes ejércitos, si pudimos resistir en el Marne, en Arras, y finalmente, en el Iser, es que Rusia, de su lado, retenía una parte considerable de las fuerzas alemanas, invadía Silcsia y amenazaba Berlín». Y en razón de tal argumento «Renunciar a la barrera del Rhin es admitir esta monstruosidad inimaginable que, aunque batida, Alemania cubierta de sangre y de crímenes, la Alemania responsable de la muerte de millones de seres humanos, la Alemania que quería destruir nuestro país y dejarlo en ruinas, la Alemania que pretendía dominar el mundo por la fuerza, sería mantenida todavía, por nuestro abandono voluntario del Rhin, en la posibilidad de recomenzar sus empresas, como si hubiera sido victoriosa».

El Mariscal no fué escuchado y los tratados de paz no contemplaron las efectivas medidas de seguridad para Francia y para el Occidente, defendidas arduamente por Foch. La razón que le asistía para pedir medidas concretas de seguridad, y no basarse en vagas promesas de alianza, quedó de manifiesto cuando el Senado norteamericano no ratificó la obra de Wilson e Inglaterra se hizo la desentendida de sus compromisos.

De tal suerte la paz significó para Francia: 1) una frontera de vencida, la de 1815, rota a gusto; 2) una industria arrasada, en frente de una intacta, muy adelantada para la batalla económica del porvenir; 3) la nación más endeudada y cargada de compromisos que sus enemigos. Las ideas de Foch se perdieron, principalmente, en la indiferencia de Inglaterra satisfecha con las colonias de Alemania y con la destrucción de su escuadra. Así rehusó a Francia las condiciones indispensables a su seguridad por temor de una Alemania demasiado débil en frente de una Francia demasiado poderosa. Sólo más tarde Poincaré reconoció, al recibir a Foch en la Academia Francesa, la justeza de su posición: «No estaba en vos hacer la paz. Teníais, sin embargo, el derecho de decir lo que, según vos, debía ser la paz para impedir mejor la reiniciación de la guerra... Deseamos que el mundo no



tenga jamás que arrepentirse de no haberse inspirado más que incompletamente en vuestro criterio».

Las advertencias de Foch tuvieron una trágica realidad en la acción de Hitler y el nazismo desde 1935 en adelante. Y en 1940, Francia e Inglaterra, pagaron con espantosas desgracias su miopía e incomprensión de 1919.

Y, ahora, al término de una nueva y gigantesca conflagración, eliminado el secular peligro alemán, se alza más ávido y tremendo el peligro eslavo-soviético. El mundo occidental no tiene otra barrera firme para contenerlo que la del Rin, tan defendida por Foch.

Las naciones aliadas no pueden olvidar que su seguridad está en las márgenes de ese milenario río, que, desde antes de Cristo, ha sido la frontera entre la barbarie y la civilización. El Pacto reciente de las naciones europeas occidentales: Benelux, Francia e Inglaterra, tiende a lograr el propósito de Foch; en este instante frente a la voraz U.R.S.S., de mantener el Rin como frontera y así tratar de contener la masa eslava que ha reemplazado a la masa germánica en su expansión hacia el Oeste.

Una frontera natural poderosa, unida a una economía fuerte y a armas nuevas, son las garantías de la seguridad de la civilización occidental. El Rin, la rehabilitación económica del occidente europeo, el desenvolvimiento económico de América Latina y la atómica, son las garantías de que el mundo no caiga desbordado por las masas eslavas y asiáticas, reeditando la trayectoria de Genghis-Khan y Tamerlán.

Foch, Mariscal de Francia, de Gran Bretaña y de Polonia, que condujo a la victoria los ejércitos aliados, para la defensa del Derecho, fué de esos hombres que hacen honor al hombre. Si su vida estuvo consagrada por entero a Francia no es menos cierto que sirvió con igual decisión los valores universales de la Humanidad y del Espíritu. Foch decía que «por encima de la guerra está la paz» y que nadie puede apartarse de la ley moral de las sociedades hechas de respeto al individuo y a los principios de libertad, igualdad y fraternidad. Tal es la enseñanza y experiencia de su notable existencia.—J. C. J.